

Quinto viaje.

El jinete de las patas de búfalo

Pese a las cuantiosas ganancias que me habían proporcionado mis viajes, la terrible experiencia de verme enterrado en vida me quitó durante mucho tiempo las ganas de hacerme de nuevo a la mar. Por primera vez, la idea de abrazar a un pariente o conversar con un amigo me parecía mucho más atractiva que la de embarcarme hacia tierras lejanas. Sin embargo, todos los hombres nacen con una vocación, y la mía es el mar. Los reyes vienen al mundo para gobernar con justicia en sus reinos, y yo nací para navegar por los mares del mundo, así que mi corazón quedó atrapado de nuevo en el sueño de viajar como un pájaro en la red de un cazador.

Dado que mi fortuna me lo permitía, decidí que por vez primera iba a embarcarme en mi propio navío, de modo que mandé construir un velero rápido y elegante y lo equipé a mi costa. Cuando estuvo terminado, convencí a varios mercaderes para que me acompañaran en el viaje, y en un amanecer plácido y lleno de buenos augurios¹ nos hicimos a la mar con rumbo a Oriente.

Durante varias jornadas, gozamos de una espléndida travesía, pues el ambiente a bordo era inmejorable y nuestros negocios iban viento en popa. A veces nos permitíamos inclu-

¹ **augurios:** esperanzas.

so el capricho de anclar en alguna isla desierta para pasar allí el día, gozando del paisaje y de la calma de las playas. En una de las ocasiones, no obstante, decidí echarme una siesta a bordo mientras mis compañeros desembarcaban. Acababa de dormirme cuando un marinero me despertó de repente diciéndome:

—¡Venid, señor, venid!

Al principio pensé que algo malo había ocurrido, pero la sonrisa del marinero me desengañó enseguida. Cuando le pregunté qué pasaba, me respondió que lo mejor era que saliese a verlo con mis propios ojos. Al bajar del barco, descubrí que mis compañeros estaban preparando una hoguera para asar unos grandes trozos de carne.

—¡Ya veo que se os ha dado bien la caza! —les dije.

—Os equivocáis, señor —me respondió un viejo mercader de ojos pálidos—: no hemos salido a cazar.

—Entonces, ¿de dónde habéis sacado tanta carne?

—Es de una cría que estaba dentro de ese huevo —y me lo señaló—. ¿Verdad que es enorme?

Cuando vi aquel huevo, sentí que el mundo se me venía encima.

—Pero ¿qué estáis haciendo, insensatos? —grité.

Imaginaos: ¡estaban a punto de asar una cría de ave roc! Habían roto el huevo con la ayuda de unas piedras y habían troceado el polluelo para darse un banquete.

—¡Lo que estáis asando es una cría de ave roc! —les advertí a mis compañeros—. ¡Hay que marcharse de aquí enseguida! ¡Aprisa, subid a bordo!

—¡Venga, patrón, no nos agüe la fiesta! —me replicó un joven que aventaba el fuego.

Los demás se rieron de buena gana.



—¿Y qué es un ave roc? —preguntó el mercader de los ojos pálidos mientras se echaba al hombro uno de los muslos del polluelo.

—¡Dios quiera que nunca lo sepáis por vosotros mismos! —le respondí—. ¡Os aseguro que, si aparece la madre de esa cría, no viviremos para contarlo!

Mis palabras eran bien claras, pero mis compañeros debieron de pensar que estaba de broma, pues siguieron asando la carne del polluelo con absoluta tranquilidad. Yo, en cambio, miraba al cielo sin parar temiéndome un ataque del ave roc, que acabó por producirse poco después del mediodía. Una pareja de enormes pájaros empezó a planear sobre nuestras cabezas dando grandes graznidos de rabia.

—¡Vámonos! —ordené.

Sólo entonces advirtieron mis compañeros que no bromeaba. Aterrados, echaron a correr en desbandada hacia el barco, que muy pronto se adentró en alta mar gracias a que soplaba un viento favorable. Aún así, yo no las tenía todas conmigo, y

mis más siniestros presagios acabaron por confirmarse. Llevábamos un rato navegando cuando la sombra de las dos aves roc oscureció la cubierta del barco. Para vengarse, cada una de ellas soltó sobre nosotros una roca que llevaba entre las garras. Gracias a las maniobras del capitán, logramos esquivar la primera piedra, pero la segunda cayó de lleno sobre la cubierta y partió en dos mi precioso navío. El timón voló por los aires, los mástiles quedaron destrozados y la mitad de la tripulación murió aplastada por la roca. El resto caímos al agua, y nos pusimos a nadar para salvarnos.

Nunca he vuelto a saber de ninguno de aquellos compañeros de viaje. De mí puedo decir que logré sobrevivir aferrándome a un pedazo de mástil y que, tras pasar tres días en alta mar, llegué a una isla llena de palmeras y arroyos donde pude saciar mi hambre y mi sed. Durante algún tiempo, pensé que la isla estaba desierta, pero una mañana descubrí a un extraño anciano sentado en la ribera de un río. Era un hombre esquelético, llevaba unas largas barbas blancas que le llegaban hasta el ombligo, vestía tan solo unos harapos que le cubrían las vergüenzas y tenía la vista clavada en el curso del agua. Creyendo que era un náufrago como yo, corrí hacia él loco de contento y le dije que me llamaba Simbad y que había llegado a la isla tras un naufragio, pero el viejo ni siquiera me miró.

—Me llamo Simbad y soy un náufrago —le repetí.

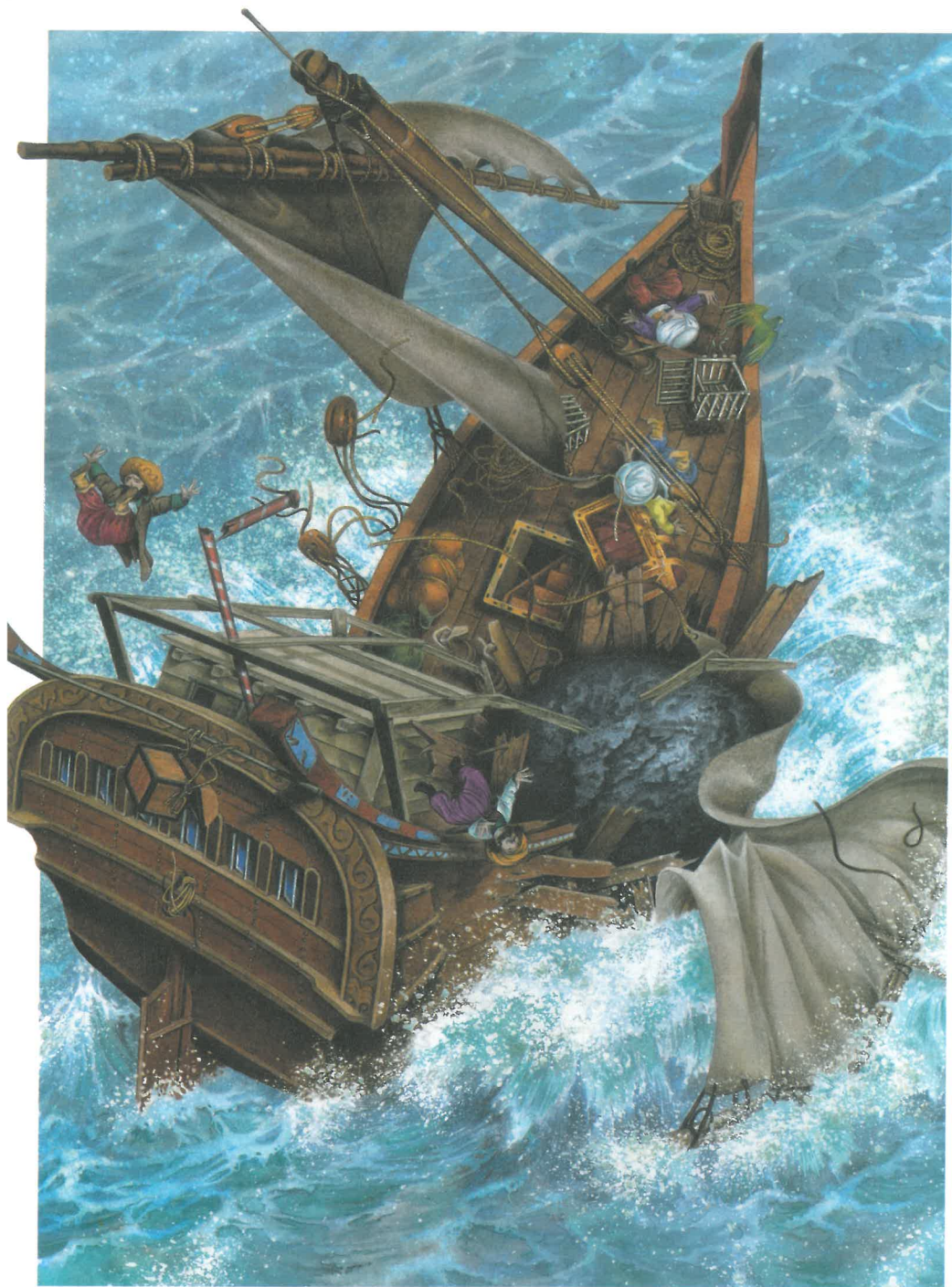
El anciano no me hizo caso.

—¿Lleváis mucho tiempo aquí? —pregunté.

Como el viejo siguió callado, pensé que tal vez era mudo.

—¿Sabéis si hay alguien más en esta isla? —insistí.

Era como hablarle a un muerto. Cansado de que el anciano no respondiera a ninguna pregunta, decidí marcharme. Pero, justo cuando me iba, el viejo comenzó a gruñir y a menear la





cabeza como si pretendiera decirme algo. Yo deduje que quería que lo ayudase a cruzar el río, pues en la otra orilla pude ver una higuera cargada de frutos que debían de apetecerle mucho. Después de cargar al anciano sobre mis hombros, me metí en el agua para cruzar el río, y cuando llegamos a la otra ribera, agaché la cabeza y le dije al viejo:

—Bueno, ya está. Ahora ya podéis bajar y comer los higos, porque supongo que es eso lo que queríais.

El anciano ni siquiera se movió.

—Ya hemos cruzado el río —volví a decirle—. Venga, bajad, que me canso de llevaros encima.

Pero, por más que le repetía que pusiera los pies en el suelo, el viejo seguía sobre mis hombros y no mostraba intención alguna de bajar. Os aseguro que era desesperante.

—¿Es que pensáis quedaros ahí todo el día? —pregunté con rabia—. ¡Bajad de una vez, viejo del demonio!

No debí de haber gritado. Molesto con mi actitud, el anciano comenzó a apretar sus piernas alrededor de mi cuello como si pretendiera estrangularme. Yo traté por todos los medios de librarme de él, pero entonces las piernas del viejo comenzaron a llenarse de recios pelos, se volvieron gruesas y robustas como las patas de un búfalo y me oprimieron el cuello cada vez con más fuerza, hasta que al final me desmayé por falta de aire.

Cuando recobré la conciencia, comprendí que el viejo había decidido usarme a modo de caballo. Durante meses, me hizo llevarle de aquí para allá por toda la isla. Cuando quería que fuese más rápido, me hincaba los talones en el vientre, y, cuando deseaba que parase, me daba un coscorrón en la cabeza. Por las noches, no me dejaba dormir, pues cada vez que cerraba los ojos me azotaba para que despertase y, a la menor queja, sus piernas peludas de búfalo me apretaban el cuello para ahogarme. Por si fuera poco, aquel maldito anciano orinaba y hacía de vientre sobre mí, de modo que servirle de caballo se convirtió en toda una tortura. Tanto era así, que a cada instante le pedía a Alá que me diese la muerte para verme libre de aquella vida de esclavo.

Las cosas solo comenzaron a cambiar el día en que nos encontramos por casualidad con un viñedo. Cuando el viejo lo vio, me golpeó la cabeza para que me detuviese y comenzó a comer uvas con toda la tranquilidad del mundo. Yo descubrí entonces una calabaza seca al pie de una de las viñas, y se me ocurrió que podía llenarla de zumo de uva y dejarla al sol durante un tiempo para que se convirtiese en sabroso vino, pues pensé que beber me aliviaría las penas. De modo que, cuando

algunos días después regresamos al viñedo, pude echarme un buen trago de vino, que se me subió enseguida a la cabeza. A decir verdad, me puse tan alegre que empecé a cantar y bailar como si fuese el hombre más feliz del mundo.

Entonces, el viejo de mis tormentos comenzó a propinarme coscorriones en la cabeza para darme a entender que él también quería probar el vino, pues sentía envidia de mi alegría desbordante. Por supuesto, le pasé la calabaza de inmediato para que me dejase en paz.

—¡Bebed, viejo del demonio —le dije—, que esta vida son cuatro días y la muerte no perdona a nadie!

Al anciano le gustó tanto el vino que vació la calabaza en menos que canta un gallo. Lo mismo que a mí, el alcohol se le subió enseguida a la cabeza, así que empezó a canturrear y a menearse de un lado para otro, lo que le hizo vomitar sobre mi pobre cabeza todo lo que llevaba en el estómago. Fue entonces cuando sus piernas comenzaron a relajarse. «Ésta es tu oportunidad», me dije. Sin pensarlo dos veces, agarré al anciano por los tobillos y lo empujé hacia atrás con todas mis fuerzas. Para su desgracia, el viejo topó al caer con una piedra que había en el camino, por lo que no sabría decir si murió en aquel mismo instante o si aún sigue con vida, pues eché a correr como un loco hacia la playa para perderlo de vista cuanto antes.

Tanto miedo tenía, que mi huida a todo galope debió de durar más de una hora, por lo que al cabo caí rendido a orillas del mar. Pero aún no había recobrado el aliento cuando de pronto oí a mis espaldas una voz que decía:

—¿De dónde sales, hombre de Dios?

Pensando que era el viejo, eché a correr a toda velocidad, pero cometí la imprudencia de volver la cabeza hacia atrás, y



entonces tropecé con la raíz de un árbol y caí rodando por la arena. Para colmo de males, perdí el conocimiento, pero, cuando volví a abrir los ojos, encontré frente a mí a un joven que me decía con una amable sonrisa:

—Tranquilo, no pretendo hacerte daño.

Estaba tan desesperado que me arrodillé a sus pies y comencé a suplicarle entre lágrimas:

—¡Tienes que ayudarme, por Alá! ¡Sácame de aquí y seré tu esclavo hasta el fin de mis días!

—Por supuesto que te ayudaré —me respondió.

Más tarde supe que el joven acababa de desembarcar en la isla junto con otros marinos para abastecer su barco de agua y frutos. El chico me llevó junto a sus compañeros, a quienes les conté todo lo que me había ocurrido. Más de uno me tomó por loco y pensó que la historia del viejo era una pura invención, pero el capitán del barco aseguró que no mentía.

—He oído hablar muchas veces de ese viejo —dijo—. Ha matado a cientos de personas sin que nadie hasta el día de

hoy hubiera logrado escapar de él con vida, así que nuestro querido Simbad puede considerarse un hombre de suerte.

Tres días después, el barco atracó² en una ciudad situada en un extremo del país de los negros.³

—Tenéis todo el día para comprar y vender —nos anunció el capitán cuando desembarcábamos—, pero recordad que antes de que caiga la tarde hemos de hacernos de nuevo a la mar.

Por supuesto, yo no tenía mercancías que vender, así que dediqué todo el día a pasearme por la ciudad y a charlar con sus gentes. Un amable mercader que se llamaba Hasán me explicó que aquel lugar era conocido como «la ciudad de los simios» porque en las montañas de sus alrededores vivían monos de todas las especies que cada noche bajaban a la población y lo destrozaban todo. Por eso las gentes de la ciudad habían tomado la costumbre de dormir en sus barcos, pues solo en el mar se sentían a salvo de los monos.

Aquella historia me interesó tanto que me pasé toda la tarde haciéndole preguntas al bueno de Hasán, de modo que, cuando quise darme cuenta, ya estaba atardeciendo. Entonces me acordé de lo que había dicho nuestro capitán y me eché las manos a la cabeza. «¡El barco va a zarpar!», pensé. «¡Dios quiera que llegue a tiempo!». Pero de nada me sirvió correr con todas mis fuerzas, pues, cuando llegué al puerto, mis compañeros ya se hallaban en alta mar. «¡Maldita sea, Simbad!», me dije. «¿Por qué caes siempre en el mismo error?».

Mientras lloraba por mi imprudencia pasó por allí Hasán, el mercader con el que había charlado durante toda la tarde,

² **atracar**: detenerse un barco en un puerto.

³ Así llamaban los árabes en época de Simbad a todos los territorios de África que quedaban por debajo de Egipto, como los de Sudán.

y me preguntó qué me ocurría. Cuando se lo conté, el buen hombre me echó una mano al hombro y me dijo:

—No te preocupes, Simbad, que yo te ayudaré. En adelante, mi casa será tu casa y mi familia será tu familia.

De modo que aquella noche dormí en el barco de Hasán. Por la mañana, mi querido amigo me preguntó si conocía algún oficio con el que ganarme la vida. Cuando le dije que solo sabía el de mercader, él me respondió:

—Pues vamos a conseguirte un saco lleno de piedras.

No entendí nada.

—¿Para qué? —pregunté.

—Ya lo verás a su debido tiempo —me respondió Hasán con una sonrisa.

Al poco rato ya me había reunido con unos cuantos compañeros de mi huésped, que se dirigían a las afueras de la ciudad cargados como yo con un saco de piedras. Cuando le pregunté a uno de ellos en qué consistía el trabajo, me respondió que íbamos a recoger cocos.

—¿Y para qué queremos las piedras? —dije.

—Ya lo verás a su debido tiempo —respondió con una sonrisa un joven de largas barbas.

Poco después llegamos a un palmeral donde los monos campaban a sus anchas, y entonces uno de mis compañeros me dijo:

—Ahora haz todo lo que nos veas hacer a nosotros, pero no te apartes del grupo, o pondrás en peligro tu vida.

Yo cada vez estaba más intrigado, pero no tardé en comprenderlo todo. Mis compañeros abrieron sus sacos y comenzaron a apedrear a los monos, tarea en que, por supuesto, los imité. Para defenderse, los micos treparon a lo más alto de las palmeras y respondieron a nuestro ataque con una lluvia de cocos. Era una forma muy ingeniosa de hacerse con la fruta

sin tener que subir a las palmeras, aunque tenía sus riesgos, pues había que andarse con mucho ojo para no acabar descalabrado.⁴

Desde aquel día, pues, me dediqué a recoger cocos, que cada tarde al acabar el trabajo le entregaba a Hasán. Sin embargo, mi buen amigo nunca quiso aceptarlos.

—Véndelos tú —me decía—, y así reunirás el dinero necesario para volver a Bagdad.

Como comprenderéis, el día en que abandoné la ciudad de los simios sentí una honda tristeza, pues nada me dolía tanto como separarme de Hasán. Sin embargo, pronto encontré motivos de alegría en mi viaje de regreso a Bagdad. En una isla cambié unos cuantos cocos por mercancías mucho más valiosas, como la pimienta y la madera de áloe,⁵ y en otra me dediqué a pescar perlas tomando a sueldo a unos expertos buceadores, de modo que cuando volví a Bagdad había recuperado con creces el dinero perdido con el naufragio de mi hermoso velero.

«La fortuna ha vuelto a acompañarte», me dije a mí mismo cuando pude abrazar de nuevo a mi esposa. «Eres el hombre más rico de la ciudad, y has vivido cosas que la mayoría de tus vecinos ni siquiera se atreven a soñar, pero no vuelvas a tentar a la suerte o acabarás por arrepentirte».

Claro que, ¿de qué sirven las palabras frente a un corazón obstinado? Solo pasaron dos meses antes de que me hiciera otra vez a la mar.

4 **descalabrado**: herido.

5 **áloe**: árbol de madera muy apreciada, que se emplea en Oriente para hacer muebles o para quemarla, pues desprende muy buen olor.